

# El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 39.

Sevilla.—Jueves 15 de Febrero de 1900

AÑO XXIV.

## EL 11 DE FEBRERO de 1900

La fecha con que encabezamos este artículo es el XXVII aniversario de la proclamación de la República por unas Cortes monárquicas, constituidas en Convención Nacional por la abdicación de la dinastía exaltada al trono de España por otras también Cortes monárquicas, producto del sufragio de los ciudadanos españoles.

Los jóvenes, casi niños, de aquella época, nos encontramos viejos, llenos de desengaños, tras una existencia consagrada por completo al ideal que nos ha hecho vivir en cruel ostracismo, sin que haya decaído nuestra fé ni nos hayamos cansado de bregar en esta incesante lucha, en la que pospusimos todos nuestros intereses en holocausto de la Patria y en servicio de la República. ¡Qué de amarguras hemos apurado en silencio! ¡Qué de solapadas é hipócritas persecuciones! ¡Qué de sinsabores, cuando nos ha faltado todo, sin encontrar una mano amiga que se brindase generosa á compensar, siquiera con un consuelo, las tristezas que por todas partes nos rodean!

La España de esta última parte de la centuria se ha distinguido por un refinado egoísmo, arraistrando en pos de sí á dos ó tres generaciones jóvenes, que han hecho que las filas republicanas no se hayan nutrido de nueva savia, de sangre nueva, que hubiera dado nueva vida á este factor importantísimo de la política, á esta institución, única redentora, y de la cual dependen el porvenir de España y la reconstitución de su honra y de sus prestigios.

Ya los veis: los mismos banquetes que en 1875, los mismos hombres, los mismos clamores de unión é inteligencia; y sin embargo, ni hemos podido vencer, ni hemos sabido presentar batallas á los gobiernos de la regencia; que, si no otra cosa, hubiéramos conseguido mantener viva la fé, ardiente el entusiasmo, y penetrando en el corazón de esa juventud egoísta, la habríamos hecho pensar que en la sociedad se vive de algo más que del pan recibido á cambio de doblar el espinazo y de la posición conquistada sacrificando ideales, libertad, y muchas veces hasta el honor personal. Pero nada de esto hicimos. Engolfados en constantes luchas, empeñados en sostener puntos de vista y criterios distintos en cuestiones de escasa monta; llevados en ocasiones de un amor propio desmedido, nos declaráramos incompatibles en secreto, cuando en público nos confundíamos en estrecho abrazo; y una guerra sorda, solapada y cruel, establecía entre unos y otros abismo insondable, proclamando la imposibilidad de entendernos. El pueblo, á las veces, tomaba parte en nuestras particulares contiendas, y se colocaba al lado ó enfrente de alguno de los combatientes, para tratarle con más saña que al más recalcitrante de los enemigos.

Fracasaron, uno tras de otro, los mil intentos de unión y de concordia. La esperanza concebida un día, se trocaba al siguiente en cruel desilusión.

Hicimos bandera de combate del procedimiento para instaurar la República, y legales y revolucionarios se combatían con encarnizamiento; llenamos de injurias á nuestros diputados; los más soeces vocablos fueron escogidos para injuriar á nuestros grandes prestigios revolucionarios. Ni hemos dejado honra libre, ni hemos tenido palabras de excusa para los que se equivocaron en sus nobles empeños, después de habernos entregado todos al cómodo papel de ojalateros, sin poner nada en la balanza y sin comprometer tampoco nuestra persona ni nuestros bolsillos; pero hemos difamado, hemos escarnecido, hemos injuriado á todo aquel que, con noble empeño, procuraba allegar un graso de arena, un trozo de pedernal, ó colocar un ladrillo ó un sillar en el cimiento del edificio. Condenábamos á los jefes y pedíamos á diario su decapitación, y si alguien salía al frente de esa aspiración popular, ¡ah! era preciso tirarle y destruirle, era necesario inutilizarle, usando contra él toda clase de armas prohibidas, hasta confundirle en el silencio.

Nuestras protestas contra toda clase de desafueros cometidos por el régimen; nuestras reclamaciones contra el imperio absorbente de la reacción; nuestras demandas enfrente de las catástrofes nacionales, se han limitado á interjecciones arrojadas en el seno de nuestros amigos, sin abandonar esa platónica indiferencia y ese encogimiento de hombros, propio de espíritus pequeños, de organizaciones entecas y raquíticas, de hombres, en fin, sin verdaderos ideales, sin grandeza de ánimo y sin el valor de arrostrarlo todo en momentos dados.

Así ha podido la restauración triunfante; así han podido los elementos reaccionarios y clericales enseñorearse de España, conducirnos á la catástrofe, reducirnos á la servidumbre y tenernos descontados como factor integrante de la vida nacional. Nos desprecian porque no nos temen. Se burlan de nosotros porque no nos consideran fuertes ni capaces de ningún empeño que les hiciera temer por la pérdida de la posición conquistada, que no esperan les disputemos.

Es verdad que no hemos claudicado; es verdad que el republicanismo español es tan importante numéricamente hoy, como hace veinte años, que llegó á su mayor apogeo; pero ¿de qué nos sirve esa fuerza si no la sabemos dar cohesión, si no la sabemos organizar y dirigir para el combate, si no nos servimos de ella para darla la unidad y disciplina necesarias? De nada absolutamente. ¿Qué sirven todos esos trabajos é inteligencias aislados de alguna provincia, de alguna agrupación, de algún centro? Todo lo más pueden ser buenos, y lo son, como síntoma, como aspiración, como manifestación de un propósito; pero no pasa de ahí.

Es necesario más, mucho más; es necesario que la inteligencia sea general, que la fraternidad suene en todas las provincias, en todos los grupos, en todos los ámbitos de España, para que sea fructífero y eficaz; y esto se puede lograr si todos ponemos la mano en nuestras conciencias y confesamos nuestros errores y nuestras faltas, castigándonos con tan grande rigor como grande ha de ser la benevolencia para disculpar á los demás; y así seguramente, con un poco de buena voluntad y un mucho de personal desinterés, llegaremos, y llegaremos pronto, á la meta de nuestras comunes aspiraciones; pero si no lo hacemos rápidamente y sin más formas, programas y bases que los que la nación demanda con apremiantes requerimientos, vale más que no nos preocupemos de la cosa pública y que nos avergoncemos del tiempo tan infructuosamente perdido.

Tales son las reflexiones que nos sugiere este aniversario, que si es memorable por el recuerdo, es triste, muy triste y lleno de amarguras por el presente.

Hora es que aprendamos en las lecciones del pasado, para acomodar nuestra conducta á las demandas de un porvenir más dichoso para España y más sonriente para la causa que defendemos, por lo que es y por lo que representa en el progreso de los pueblos.

A. A.

## Murmuraciones

La regeneración ha comenzado recargando el señor Ministro de Hacienda el impuesto de Consumos.

Podía haber sacado el aumento que necesitaba para el Tesoro recargando otras cosas menos necesarias que los artículos de beber, comer y arder.

Por ejemplo: los vinagrillos de tocador y las patentes de frailes.

Pero, nó: hay que sacrificar á los borregos, á los infelices que son los que se callan.

En cuanto se enteró de lo acaecido en las Cortes, nuestro reverendo *pae* Spínola, virtuosísimo arzobispo de esta diócesis, ha solicitado del Gobierno que se exima el Palacio de San Telmo del pago de la contribución.

El Palacio de San Telmo pasa á ser Seminario conciliar, ó, como vulgarmente se le llama, vivero de alcornocques.

¡Su petición no puede ser más razonable! Se encuentran con un palacio hecho y derecho, donado por D.<sup>a</sup> María Luisa Fernanda

en contra y con la protesta de toda su familia. Y ahora, para completar el negocio redondo, el virtuoso Arzobispo, que sabe las fatiguitas que estamos pasando para pagarle á él y á sus camaradas sus sueldos pingües, solicita que se le exima de pagar al Estado lo que es de ley.

Muy bien pudiera él—Spínola—pagar la contribución de dicho palacio de su tesoro particular, como riquísimo que es, sin mermarle á la nación esos rendimientos que son tan justos, pero... ¡no puede!

Entre obligaciones del empréstito sobre Aduanas, láminas del Tesoro, fincas y demás... lo tiene todo empleado.

Además... ¿él tiene la culpa de que los gobernantes españoles sean tan estúpidos que accedan á una pretensión tan ilógica, tan injusta, tan anticristiana, como la de eximir del pago de las contribuciones á un Seminario que comienza por poseer uno de los primeros edificios que hay en Sevilla, y que concluye por cobrarle á sus alumnos el precio estipulado para la enseñanza, á toca-teja, y casi siempre por adelantado?

¿Acaso es menos el señor Arzobispo de la diócesis que los padres Salesianos, que ejercen toda clase de industrias sin pagar contribución?

Tiene razón el Sr. Spínola. Él, y los suyos, no han venido al mundo para otra cosa que para explotarlo en todo lo que se pueda.

¡En todo, en todo resplandece la virtud de este santo varón, pero en nada resplandece tanto como cuando se presenta ante Dios y ante los fieles con su bolsa repleta de oro, y su unción evangélica y toda clase de unciones, diciendo con su elocuencia de pajarraco tísico:—[La Religión, la Religión es la salvación de las almas! Entregad todo vuestro dinero á la Religión, que ella hará todo lo posible por franquearos libremente las puertas celestiales; esas puertas que ni yo ni nadie sabemos dónde están, pero... que ya daremos con ellas! ¡Dinerol! ¡Dinerol... Santa María, Madre de Dios... y libranos de dar un céntimo. Amén. Jesús.

\*\*

Los periódicos de Málaga vienen con la gran monserga diariamente diciendo que los billetes que llevan á cambiar en aquel Banco son más falsos que Silvela. Y un día con otro día, siempre la atrocidad de que son billetes falsos los billetes que allí llevan. Cuando el escándalo es grande y allí tanto se comenta, hay que presumir, señores, que de billetes hay plétora... Les mando á los malagueños mi entusiasta enhorabuena. Aquí... ni buenos ni falsos, sino pesetas, pesetas, unas veces filipinas y otras veces madrileñas.

\*\*

Cuenta Eusebio Blasco lo siguiente, que demuestra cómo se va poniendo nuestro país:

«En Burgos hay un presidente de la Audiencia muy respetable, muy caballero: una persona dignísima. Este señor, en uso de su derecho, daba en su casa *soirées* y reuniones, en las que hacían los honores sus encantadoras hijas.

Se enteraron los jesuitas, que no pueden consentir que se patine en San Sebastián; que predicaban contra las cajas de fósforos con mujeres bonitas, en Pamplona; que echaban maldiciones al *Juan José* y á los libros de Zola; se enteraron, digo, de que en una casa burgalesa se reunía gente elegante y bien criada y cristiana y católica, apostólica y romana... y nada menos que en el púlpito, *coram populo*, emprendió uno de los padres de la Compañía campaña contra la más alta autoridad magistrativa de la provincia. Que las señoritas bailan... ¡qué horror! ¡Que van descotadas! ¡Qué espanto!

Todo es pecado para estos señores, si al pecado no van unidos dádivas, moneda, donativos, herencia, dinero, monises, alhajas, fincas, todo lo que tenga valor material.

Y dicen que el Presidente de la Audiencia, en vez de querrellarse contra el insolente predicador, ha preferido suspender sus reuniones, de miedo sin duda á que le lancen excomunión mayor ó cosa por el estilo.»

En un país que suceden estas cosas, deben de suceder también las otras, las que se esperan.

Esto es: que vengan los ingleses, ó los yanquis, ó los japoneses, ó los demonios encendidos, y nos echen á cogotazos por gente inútil y sin dignidad.

Y sigue diciendo Eusebio Blasco:

«Pues de Bilbao me escriben que aquello es un vivero de monjas para la exportación. Hay allí

un jesuita á quien le llaman en todos los conventos el padre *Anzuelo*, porque es en verdad el anzuelo más eficaz para cazar novicias. Este buen padre es único en su género, porque tiene el arte de catequizar señoritas ricas; las hace odiar el mundo y sus pompas vanas, las convence de que hay que retirarse á un convento y las envía al de las Reparadoras de Madrid, que es un verdadero almacén de monjas guapísimas, y cada una de las que envía aporta á la comunidad cincuenta, sesenta ó setenta mil duros.»

Ese padre *Anzuelo* me resulta simpático, y de buena gana me haría amigo suyo.

Ese negocio es una pillería que tiene gracia. ¡Dígo! ¡Cuando las Reparadoras se reparen un poco y comiencen á reparar!

\*\*

En un diario de El Ferrol me encuentro con la siguiente noticia:

«En casa de una distinguida familia de Sevilla fué admitida para el servicio doméstico una joven sirvienta de rostro agraciado.

Y al otro día tuvieron que ponerla de patitas en la calle, porque cuando, en unión de otras dos criadas, se retiró al cuarto para descansar, notaron que la fingida doncella era todo un varón hecho y derecho, que usaba el traje femenino, no se sabe con qué intención.»

Suponiendo que eso fuera verdad—porque aquí, en Sevilla, no nos hemos enterado—¿hasta el otro día no echaron á la calle á la joven sirvienta?

¡De modo, que pernoctó con dos criadas...

¡Malo, malo! Aquí ha sucedido algo más grave, que el colega no ha querido decir por prudencia.

\*\*

Señores, cuando las puertas se sacan de quicio, entra el viento en la habitación y derriba los muebles, ó los llena de polvo.

Y eso ha sucedido en el banquete dado anoche en el Hotel de Inglaterra al afortunado autor del cuento premiado en el Concurso de *El Liberal*, D. José Nogales: sacaron las aduleciones de quicio y entró por allí el viento de la crítica.

Dejo á Pepe Nogales en su sitio—que yo soy uno de los que más le respetan, no de ahora, sino desde hace mucho tiempo, cuando no lo premiaba nadie más que los que leíamos y aplaudíamos sus trabajos—y paso á ocuparme en los muñidores de la cofradía.

¿Quiénes son esos señores para arrogarse la representación—¡toda entera!—de Sevilla intelectual, y mandar en su nombre un telegrama?

—¡Es que estaba allí, entre los asistentes, Rodríguez Marín!—se me dirá.

—Muy señor mío y amigo—contestaré.—El solo vale más que la biblioteca Colombina... pero no es bastante para dar esa campanada. Porque de la misma manera pudieron arrogarse la representación de Sevilla industrial, porque asistió al banquete Cobian; y Sevilla farmacéutica, porque asistió Lemus y Malo de Molina; y Sevilla subvencionada con diez mil pesetas, porque asistió Seras, el corredor de suero antipestoso del Ayuntamiento; y Sevilla cirujana, porque asistió Panizo; etc., etc.

Resultando de todo esto, que tanto vais á dar con Nogales, que vais á hacer bueno aquello de—*Cariños que matan*.

Y la prueba es... que Pepe Nogales ya no va sano y salvo á San Juan del Puerto, porque lo habéis *jerío* con el siguiente ladrillazo poético que le dispararon á quemarropa en el banquete:

«Nogales: la gran victoria que acabas de conquistar, te ha abierto de par en par el alcázar de la gloria; guarda allí tu ejecutoria—esculpida con diamantes, y zafiros y brillantes—en romance castellano, la musa del pueblo hispano, \*pot real orden de Cervantes.»

¡Asesinol!

¡Después de una buena comida no se presentan esos postres!

CARRASQUILLA.

## Desde el Arahál EL MITIN REPUBLICANO

Arahál es un pueblo alegre, pintoresco, un pueblo que se asemeja—valga lo gastado y subido de color de la frase, siquiera porque en la ocasión presente se ajusta á la verdad—á una bandada de blancas palomas posadas sobre una campiña de verdura incopiable por el pincel más rico en color.

La cal de Morón, esa única *pintura* de estos pueblos andaluces, debe aquí consumirse de modo extraordinario. Todas las casas denotan una limpieza que dice mucho en favor del crna-

to público. Y esto no es solo en las casas, resalta también en las calles. Ya quisieran muchas capitales tener vías tan bien acondicionadas. Hay varias con pavimento de asfalto, otras con adoquines, y el resto empedradas; pero todas limpias, todas denotando un aseo que causa grata impresión al que por primera vez visita el pueblo.

La causa de estas mejoras—nos dicen—es que la política huyó del pueblo hace bastantes años, y en el Ayuntamiento sólo se hace administración, y el dinero que del presupuesto sobra se emplea en mejoras. Hay que creerlo, porque no de otra manera se comprende que aquellas se hallan realizadas y no exista déficit. En diez años se han consumido en arreglos una cantidad que se aproxima á 50,000 duros, y en cartera existen proyectos beneficiosos para consumir otros tantos. Ojalá se realicen, pues con ello gana el obrero, que en las obras tiene ocupación que le asegura el sustento, y el pueblo, que adelanta.

En la actualidad, de lo que era un convento, se construye un cuartel y casa habitación para la Guardia civil que aquí presta sus servicios; se está levantando de nueva planta, en lugar céntrico, una plaza de abastos, dotada con todas las reglas higiénicas que éstas necesitan poseer, y se instala el alumbrado eléctrico, que el próximo sábado sustituirá al antiguo é incómodo sistema del quinqué de petróleo.

Estas son las impresiones recogidas de momento. Impresiones gratas, pues en todas partes es satisfactorio hallar adelantos. No siempre se ha de abominar de los pueblos y lamentar, al par que su incultura, su atraso.

Y para que todo esté en consonancia, los dos últimos años han sido buenos para los agricultores, y el presente, á juzgar por el aspecto de los sembrados, se espera sea magnífico. ¡Qué mayores beneficios para un pueblo eminentemente agrícola y trabajador! Así únicamente se comprende que las clases proletarias estén en relativo desahogo, y que esa terrible crisis que se llama el hambre, tan corriente en las regiones andaluzas, no haya asomado por aquí su faz en los últimos inviernos.

Hemos escrito las anteriores impresiones en tanto llega la hora de celebrarse el mitin republicano, al que venimos á asistir. En él hablará al pueblo, demócrata de siempre, D. Antonio Pedregal. No hay que hacer la historia de éste, por ser muy conocida de todos, principalmente de los que comulgamos en el ideal por aquél siempre defendido. Me dicen que en el Arahál sienten idolatría por el antiguo republicano, y espero asistir á un acto hermoso; espero oír, de persona tan autorizada para ello, acres acusaciones contra los monárquicos, sin distinción de matices; contra todos esos que han ayudado á los gobiernos de la restauración, causa de los males presentes.

El salón escogido para verificarse el mitin está lleno de bote en bote. Escuchan á su antiguo jefe aquellos que aún viven, de los que con él fueron á la revolución y expusieron su vida en apoyo de la idea, y la gente nueva que llega al campo republicano con deseos de hacer.

Pedregal habla y habla fatigándose. Le falta su antigua fogaosidad, aquella con la que más de una vez arrastró á las masas donde él quiso. No sabemos si esa fatiga se la produce su enfermedad tísica, ó la defensa que hace de una cosa que no siente, que no puede sentir de ninguna manera.

Las palabras del antiguo demócrata nos producen terrible decepción. En lugar de un apóstol del ideal republicano, nos encontramos frente á un muñidor electoral de esos que se alquilan por unas pocas de pesetas.

Habla mal de los conservadores, pero no de todos. Sus censuras son para el candidato más demócrata de los que aspiran al acta de diputados á Cortes por el distrito de Utrera. Hace la defensa del Sr. Delgado, hermano del que fué jefe del cuarto militar de la Reina Regente. ¡No cabe mayor desencanto!

Y el pueblo le escucha sin protestar, sin arrojarle á la cara su historia hermosa, que mancha con sus mismas palabras. Insta á los electores á que voten á D. Carlos Delgado, diciéndoles que éste les traerá un Ayuntamiento republicano.

Nunca esperábamos semejante osadía. El Sr. Delgado, por las personalidades que le apoyan en esta contienda y por su propia tradición, tiene que ser enemigo de ese pueblo á quien D. Antonio Pedregal pedía le votase. Decirle lo contrario, es engañarle miserablemente, cometer con él una felonía.

Malos nos parecen los dos candidatos que aspiran al acta, porque los dos comulgan en un ideal absolutamente contrario al nuestro, al que siempre hemos defendido y defenderemos: el ideal republicano. Pero entre dos, puestos á escoger, preferiríamos mil veces al Sr. Cuadra, que tiene á su favor el haber hecho infinitos beneficios por la ciudad que le vió nacer. Eso es lo justo, lo equitativo.

Y conste que estas líneas las escribimos bajo la más triste impresión. La de haber visto á un republicano de tan brillante historia, abogando por un candidato que representa la reacción en su más extremo grado, al candidato enemigo declarado del pueblo.

Quizá si el Sr. Pedregal hubiese hablado en pro del Marqués de San Marcial le hubiésemos perdonado su falta de consecuencia, siquiera porque defendía una causa justa y combatía al Gobierno, que á toda costa quiere ahogar á ese candidato que representa la popularidad y el prestigio en el distrito de Utrera. Pero lo que no podemos perdonarle, lo que seguramente no le perdonarán los republicanos, es que haya pretendido instigarles á servir la causa del que tiene que buscar su apoyo en el palacio de los re-

yes, valiéndose para ello de un su hermano que ostenta entorchados que no ganó en el campo de batalla, sino en los sitios en que el favor se dispensa al que más influencias tiene.

En el mitin—¡es claro!—no hubo entusiasmo. Aquellos ciudadanos, que esperaban oír verdades contra los monárquicos y el funesto régimen, sufrieron una decepción indescriptible, y más de uno se diría:—¡Cómo cambian los tiempos!

Cosa parecida nos ocurrió á nosotros.

Nos había alegrado la vista del pueblo, por lo que en un principio decimos, y pensábamos sacar del mitin la misma impresión; pero como dice el adagio que «nunca hay dicha completa,» todas nuestras ilusiones vinieron á tierra, al oír á un republicano, que creíamos convencido, apoyar la candidatura de un monárquico antipático contra la de otro mil veces más simpático, siquiera sea porque el pueblo le quiere, si no por lo que representa en ideales, por lo que como persona es.

Y no vamos á dar consejos. El pueblo del Arahál sabe perfectamente que no debe seguir los consejos del Sr. Pedregal, porque esto significaría convertirse en apóstata de su idea. Antes de votar al Sr. Delgado deben abstenerse.

X.

## EL HONOR

II

Es incalculable el número de duelos que, de treinta años á esta parte, se vienen verificando; también es inverosímil que los duelistas que yo llamo fautores á todas las leyes, á las divinas y á las humanas, sean casi todos hombres de cuya inteligencia y erudición no cabe dudar. Solo hallan disculpas á los ojos del sentido común, los jóvenes sin experiencia de la vida, y cuya sangre hierve en sus venas, hasta el punto de ofuscar la reflexión que fatalmente aparece después del delito cometido, ó sea cuando ven tendida exánime á sus pies á la víctima de su obcecación, y de cuya herida mana la sangre del que poco antes era su amigo, la esperanza de una familia y quizás de un pueblo. En rigor pueden también disculparse los duelos entre militares, no porque sean menos delincuentes, sino porque las armas son su oficio, y que sus querrelas no se pueden zanjar á puñetazos, por mor del decoro del uniforme; esto es cuanto puede conceder el buen sentido á los infractores de las leyes, de la razón y de la humanidad. Vemos figurar, entre los más famosos duelistas, hombres que han ocupado las más altas posiciones de los Estados. Las pragmáticas contra el duelo fueron siempre burladas, y muchas veces los mismos que las habían publicado, eran los primeros en burlarlas; así es que en la cronología de los duelistas figuran algunos reyes, muchos ministros, hombres de Estado, escritores ilustres, diputados, parlamentaristas, etc., etc. También figura la más hermosa mitad de la raza humana, señoras de alto copete, artistas célebres, escritoras de renombre, bailarinas y demás. La Maupin, bailarina y querida de un espadachín, pasa sus ratos de ocio matando hombres á estocadas, con su famosa estocada secreta, y de esas hazñas se reía Luis XV y su corte. Cuando le dijeron que la Maupin había despatchado á su séptimo, sólo pudo decir ese monarca que, no pudiendo ser fecundada por sus numerosos amantes, era justo conceder á la célebre odalisca ese pequeño desahogo. La Paoli mató al hijo de un senador de Venecia porque no la quería por esposa. Androna Salicoff dió fin de tres oficiales del Czar por una apuesta de 300,000 rublos. Lady Fenny Gray mató en duelo á espada á dos de sus amantes. Lady Elfrington y su contrincante en hermosura, tuvieron un lance de... honor, por haberse atrevido la una á divulgar la edad verdadera de la otra; en ese lance fué herida en el hombro por mis Braddock, la provocadora. Pero no acabaría nunca si emprendiera la tarea de referir aquí las atrocidades cometidas en nombre del honor. Hombres tan seducidos, como el que fué el primer Presidente de la República francesa, Mr. Adolfo Thiers, se batió en duelo con el médico Bixio, se cambiaron cuatro balas sin resultado, y acabó todo en son de chirigota. Gambetta, el Mirabeau moderno, se batió con un ministro. Sarcey tuvo que batirse con un artista que se creyó ofendido en un artículo de aquél, inserto en *Le Petit Journal*; el crítico inmortal no había tocado un arma en toda su vida, é hizo blanco en... las nubes, mientras que su enorme obesidad estuvo sirviendo de blanco á su adversario, que se gozaba de las angustias del anciano periodista, el que dichosamente se libró con una ligera rozadura en el lado derecho. Un general y un ministro dan ejemplo de desacatar las leyes: esos son el general Boulanger el ministro Floquet; se baten: el primero se ensarta en la espada de su contrario. El príncipe de Orleans, y su hoy pariente el conde de Torino, se batieron por cuestión de apreciación, más ó menos exagerada, en lo de la corrección infligida á Italia por Menelik; el primero estuvo á punto de sucumbir de resultados de la herida recibida. Pues bien; tras de esa larga nomenclatura, no he visto yo todavía lo que el honor tiene que ver en todas esas cuestiones. Los insultos quedan siempre en pie: el que no siempre queda en pie es el ofendido, que nueve veces, de diez, es herido ó muerto por el ofensor.

¡Cuánta aberración!

Al apoyo citaré un ejemplo de lo que puede la fatal enfermedad mental que aflige hoy á lo que debería ser lo más culto de nuestra sociedad actual.

## Hospicio provincial

LXVIII

LA CARIDAD Y LAS BEATAS

Nada más grande, nada más hermoso que ese don con que Dios dota á algunas de sus criaturas, que hace que en esta tierra, sembrada de espinas y amarguras, brillen como astro luminoso en medio del firmamento.

Hay momentos en que, conmovido el corazón humano en sus fibras más sensibles, late con redoblado vigor, á impulsos de un noble sentimiento que embarga nuestros sentidos, dilata nuestro ser y eleva nuestra imaginación á los brillantes espacios de luz y armonía.

En tales momentos el alma halla su centro; se inspira y se commueve en esas luminosas regiones y se mezcla con su esencia divina, que es su esencia propia, porque el alma, como Dios, vive con el soberano aliento de la inmortalidad.

En esos momentos los buenos lloran, los escépticos dudan y los indiferentes sienten vigorizarse su corazón con nuevos átomos de fé.

En esos momentos, en fin, canta el poeta con sentida inspiración, el músico hace vibrar en los aires sublimes notas de armonía, y el pintor traza sobre el lienzo con rápida mano las brillantes concepciones de su fantasía.

Y si el artista siente bullir en su mente las brillantes ráfagas del genio, en esos instantes brillan las maravillas y las generaciones atónitas dejan tras sí el *Pavaiso perdido* de Milton y las vírgenes de Murillo.

Sólo una causa puede producir tan grandes y portentosos efectos: la virtud.

La virtud es la que elabora esas preciosas horas, que son los puntos luminosos que guían á la criatura en la inmensa oscuridad de su vida, como en la borrascosa noche guían al naufrago los faros de salvación.

La virtud es el germen de las grandes acciones, y sin la virtud no hay cosa alguna eternamente bella.

Ella, y sólo ella, abre nuevos horizontes en momentos dados á nuestra cansada vista, y nos marca el derrotero de nuestra combatida existencia.

Y aunque la virtud es bella en todas sus manifestaciones, bienhechora en todas sus consecuencias, grande en todos sus actos, y sublime por todos conceptos, nunca tan grande, tan sublime, tan bienhechora y tan bella como cuando se ostenta con el dulcísimo nombre de la caridad; porque entonces la virtud luce y resplandece con los atributos de la abnegación, del amor y de la pureza, como luce la cándida flor de los jardines que entrega todo su aroma á las alas de los vientos para hacer más delicioso el ambiente.

La caridad es el lazo sagrado que une al desgraciado; es el beso blando y cariñoso impreso en la frente del huérfano; la lágrima furtiva que se desliza hasta el seno del amigo acongojado, y la silenciosa limosna que se da con mano temblorosa al indigente.

La caridad verdadera, eficaz á los ojos de Dios, es la que se practica por amor, la que se practica doquiera y por doquiera, sin ostentación, sin interés mundano, sin lujo; la que se practica con lágrimas en los ojos, ó con frases dulcísimas que van derramando consuelos inefables en los corazones atribulados, con santa resignación en el alma.

Así, y no de otra manera, con ese amor, con ese desinterés, con esa eficacia, debe practicarse la caridad; seres llenos de esta virtud son los que deben estar al frente de los establecimientos benéficos, que infundan y derramen sobre el desgraciado tan inmensos beneficios, y de esta manera sólo expresiones de sincero afecto y veneración saldrán de los labios y del corazón del desvalido para sus bienhechores.

Y es así como practican la caridad las incultas hijas de San Vicente de Paul, ó sean las beatas.

Nunca, ni se asemeja en nada la forma y manera de practicar la caridad, según tenemos demostrado.

La beata de hoy no es la beata de la leyenda; la beata de hoy no es la que fundó San Vicente de Paul; en aquella resplandecía la virtud con todos sus atributos, y poseían en alto grado la caridad, que practicaban sin lujo, sin ostentación y con el mayor silencio, repartiendo á manos llenas inmensos beneficios, tanto espirituales como temporales.

La beata de hoy es todo lo contrario de la beata de la leyenda; la de hoy es un mal engendro, es una verdadera plaga social.

La beata de hoy carece en absoluto de virtud, y esto no puede ocultarlo con su refinada hipocresía; pues en todos sus actos demuestra que están muy lejos de practicar la caridad de que hacen tanta ostentación, y sólo la conoce el que ha vivido entre ellas muchos años, obedeciendo sus caprichos, y éste puede desenmascararla.

La beata de hoy es la madrastra del huérfano; en ella no puede encontrar amparo y protección el desgraciado y desvalido; es la rémora de todo adelanto que redunde en beneficio del desamparado; y en cambio de la virtud, está dominada por los pecados capitales, y muy particularmente por la soberbia y la avaricia.

UN AMIGO DE LAS BEATAS.

## En el Transwaal

El War Office de Londres ha recibido un telegrama de lord Roberts en el que da cuenta de la retirada del general Buller á la orilla meridional del Tugela.

El generalísimo inglés dice que el cuerpo de ejército del Natal ha tenido que replegarse á sus primitivas posiciones ante la imposibilidad de sostener las posiciones conquistadas en las alturas de Vaal Kantz.

Lord Roberts confiesa que dichas posiciones eran el eje del movimiento intentado por Buller.

De bajas no dice ni una palabra el despacho, cosa que ha causado honda impresión, toda vez que, sabiéndose por referencias de los correspondientes de periódicos que han sido muchas, la gente esperaba que el parte oficial diese alguna cifra.

*El Daily Telegraph* manifiesta que Inglaterra está dispuesta á subvenir á todas las necesidades de la guerra con tal de llegar al éxito, pero anuncia que la opinión pública se manifestará hostil á las quintas y al servicio militar obligatorio.

*The Daily Graphic* se dedica en un artículo á desvirtuar al mal efecto producido por el tercer fracaso de Buller, asegurando que este nuevo desastre no ha desalentado al ejército inglés, que desea seguir peleando hasta vencer definitivamente á los boers.

Todos los periódicos comentan la sesión de anoche en la Cámara de los Comunes y con preferencia el discurso de lord Lansdowne.

En general se muestran satisfechos de sus declaraciones por no haberse mostrado partidario del servicio obligatorio ni de las quintas.

*The Daily Mail* deplora que el gobierno no haya hecho alusión alguna á la necesidad de organizar rápidamente el envío de grandes refuerzos al Africa del Sur.

Mr. Clarke, diputado conservador que hace pocos días presentó la renuncia de su cargo por sus opiniones contrarias á la guerra, ha sido reeligido por unanimidad presidente de una Asociación conservadora de Londres.

*La Gaceta de Magdeburgo* publica una interesante carta de un antiguo oficial alemán que actualmente es comandante de artillería de los boers. Entre otras cosas curiosas refiere que de cada cien granadas arrojadas por los ingleses, sólo estallan, por término medio, seis, y éstas causan más ruido que daño.

Acerca de las famosas bombas de lydita, dice que si no caen sobre la cabeza, no suelen producir estragos.

Añade que asistió á una batalla de 25,000 ingleses con 50 piezas de artillería, contra 13,000 boers, y que esto no tuvieron más que un centenar de bajas, á pesar de que el enemigo disparó más de 1,000 granadas. Solo doce hombres quedaron muertos y 30 heridos por los proyectiles de la artillería.

Las restantes bajas fueron ocasionadas por la fusilería.

«Debo confesar—agrega dicho oficial—que los ingleses tuvieron pérdidas terribles en Colenso, pero sólo una pequeña parte debióse á nuestra artillería, á pesar de que arrojamos más de 4,000 granadas. Nuestros fusiles, en diez minutos, causaron diez veces más bajas que nuestra artillería durante seis horas.

El combate á pequeña distancia es el solo decisivo. La suerte de los combates de Maggersfontein y de Colenso se decidió en diez minutos. En el espacio de cinco minutos Buller perdió los 11 cañones.

La victoria será del menos impresionable en el momento crítico.»

Otro oficial del ejército francés que se encuentra entre los boers en el Tugela, cuenta en una carta que publica *Le Matin*, que en el combate librado en Colenso el 15 de Diciembre, los ingleses fueron completamente barridos por la artillería boer. El fuego de fusil de éstos era tan terrible, que las balas caían sobre los árboles y maleza que bordean las orillas del río, arrasándolos en un momento.

Las bajas del ejército británico fueron 3,000 entre muertos, heridos y prisioneros; estos últimos fueron 159.

Quinientos cincuenta muertos fueron abandonados en el campo de batalla.

Los boers combatieron siempre á cubierto, siendo sus pérdidas cuatro muertos y catorce heridos.

Hé aquí las últimas noticias llegadas de teatro de la guerra.

Madrid.—Telegramas recibidos amplían los detalles de los desastres sufridos últimamente por los ingleses en Roesburgo.

Estos desastres dificultaron la realización del plan de operaciones del generalísimo Robert.

El combate fué terrible. El número de bajas en ambas partes fué extraordinario.

Los ingleses abandonaron sus cañones en la retirada.

La tristeza por estas noticias es general en los círculos de Londres.

DOS MIL SOLDADOS PERDIDOS

Bruselas.—Dicen de Pretoria que en los últimos días del mes de Diciembre una expedición inglesa de 2,000 hombres se perdió al hacer la retirada de Dundee.

Durante varias semanas, los soldados que formaban la expedición, hambrientos y descalzos, permanecieron errantes por Zululandia.